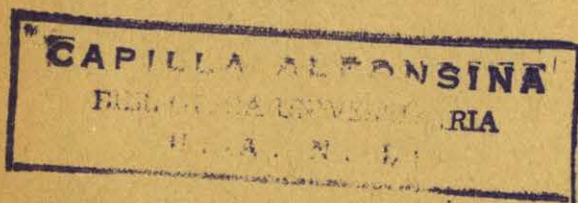




FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta Artística Española, San Roque, 7.—Madrid.



MAR ADENTRO

Dejo España; hago rumbo á Francia, en busca de la antigua Armórica. Mi camino es el mar. A Bretaña voy; las aguas del Cantábrico me despiden encrespando sus olas.

Debo este viaje á la casualidad. Ella vino á buscarme en mi retiro de San Vicente de la Barquera para sacarme de él.

Pierre Josse, capitán del balandro *Notre Dame de la Garde*, es un marino rudo en la complexión y en el habla. Trabé amistad con él en San Vicente de la Barquera hace ya más de un año.

Este, á mi regreso de las villas pasiegas, tropecé con Josse en casa de mi amigo Urbano Velarde.

—¿Cuándo se ha llegado?—pregunté al marino bretón.

—Ha tres días—repuso.

—¿A cargar langosta, como siempre?

—Sí.

—¿Qué día sale usted?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1926 MONTERREY, MEXICO

—Mañana. ¿Quiere usted venir con nosotros? Trescientas millas. Si el viento es favorable, tres días de viaje. Si no, lo que el viento disponga. ¿Qué más da?, como dice usted.

—Verdaderamente, ¿qué más da?

—Comodidades no puedo ofrecerle. Le ofrezco buenos ranchos de pescado, aire puro y una vela por cama. Llevaremos vida marinera. ¿Hace?

—Hace.

Y véase cómo, á cuenta de ser excursionista por la tierra santanderina, soy casi tripulante en este balandro y voy mar adentro en busca de las playas armóricas, de la misteriosa y trágica Bretaña, del país que aún guarda en sus dolmens la plegaria druídica y aún resuda sangre de chuanes y sans-culottes.

La costa española se pierde entre las brumas del crepúsculo. Lentamente va achicándose y desvaneciéndose. No en mis labios, en mi pensamiento vibra un adiós. A las brumas lo envió. En las humedades de la bruma recogerá mi adiós una lágrima.

El Nordeste hincha las extendidas velas. Un marinero canta en dialecto bretón. No

entiendo la letra del cantar. La música es dulce, melancólica. Inspirada se halla en el misterio de las selvas impenetrables y de los cielos nebulosos.

El sol muere, sin que nube alguna, poetizada por los rayos del astro, presencie su agonía.

Pálido, con más apariencias de luna que de sol, resbala por el horizonte. Al juntarse con el mar enrojece súbito, cabecea sobre las olas y se hunde en ellas como un globo incendiado.

Los marineros, terminada la maniobra, me invitan á comer con ellos. Olla de pescado, patatas cocidas, manteca y rebanadas de un pan enorme, componen el banquete. A más hay café y tabaco, que saboreo en ancha pipa de madera. Aún hay algo mejor: Hay cordialidad, afanes complacedores en aquellos marineros rudos y avaros de palabras.

Su cordialidad no excluye la sorpresa.

—¿Quién será este hombre cuerdo al parecer—se dicen con los ojos—que se embarca en un langostero y corre cien leguas de mar por el solo gusto de correrlas?

Pierre Josse sonrío y fuma silenciosamen-

te. Sonreír significa en Pierre Josse la alegría suprema.

Noche es cuando la comida concluye. La tripulación se recoge. Desciendo á la cámara con intención de trabajar.

¡Trabajar! El Nordeste sopla con dureza; el balandro va y viene á zamarrazo limpio. Mi lápiz sólo consigue trazar sobre las cuartillas rayas desiguales y temblorosas; rayas semejantes á las hechas por los niños pequeños cuando pillastrean en el escritorio de sus padres. Algunas veces esas líneas infirmes, esos infantiles jeroglíficos, han conmovido mi alma más hondamente que las estrofas de los grandes poetas. ¡Quién sabe si cada temblor de esas líneas es una interrogación al porvenir!...

Este caminar entre cielo y agua, por sitios de buque alguno frecuentados; esta soledad augusta que á las veces pone miedo en el corazón, cautivan y engrandecen mi espíritu. No es mi viaje, á semejanza de otros realizados en grandes vapores, con elegante compañía de mujeres y de hombres, suceso en que, fuera parte el sitio y el local, no halló diferencias mi vivir. Ahora es novedad todo.

El habla, las costumbres de los marineros, las peripecias de la maniobra, el choque del viento con las velas, mi dormir sobre un montón de lona, mis velares sobre una cubierta que las olas salpican, ofrecen encantos á este viaje. Los propios riesgos que la pequeñez de la embarcación y la grandeza del Océano hacen á cada hora posibles, constituyen un encanto más.

Y no hay aburrimiento, no hay tedio en este caminar solitario por las aguas azules. Provoca él en mí una que yo llamaría reabsorción espiritual. Mi alma no se esparce, se concentra; toda ella está dentro de mí. Compadezco muy de veras á quienes en sus grandes alegrías ó en sus dolores grandes no supieron proporcionarse la dicha de saborearlos, de exprimirlos solitariamente, hasta la última gota. Esas criaturas que comadorean con la felicidad y que aturden la pena, son dignas de lástima. Sólo conocen el abecedario del placer y el dolor.

Mientras mi espíritu se sumerge en sí mismo, mis ojos gozan de espectáculos siempre nuevos, jamás vulgares.

Entretenidos contemplan á veces las riñas y las reconciliaciones de las velas y el vien-

to; los instantes de pasión en que el viento se une á la vela y la acaricia, en que la vela se distiende y palpita al empuje de su amador, y los instantes en que el viento se aleja y la vela cae desmayada, gimiendo de palo en palo, con gemir angustioso. Otras veces es al cielo donde mis ojos se encaminan, para beber sus claridades, para recrearse en los fantásticos dibujos que las nubes trazan sobre su fondo, para saludar al sol en sus brillantes mediodías, en sus pálidos amaneceres, en sus dormires ígneos.

Cuando el espectáculo del cielo fatiga su atención, van mis ojos en busca del mar. ¡Y qué de bellezas les ofrecen las aguas con la variedad de sus tonos y lo inconcluíble de su trajín! Tan pronto se alzan embravecidas, rugiendo amenazas y babeando espuma, como resbalan besadoras en torno de la quilla.

En las noches oscuras substituyen ellas al cielo y se pueblan de constelaciones microscópicas. En las grandes profundidades se ensombrecen; en los bajos se aclaran y adquieren virginal transparencia. Si las dora el sol, joyería se tornan; si las ilumina el astro de la noche, plata líquida son.

Ante los abismos nunca sondados de este mar, pienso que fuera hermoso hallar en ellos sepultura; ante los espacios transparentes que descubren arenas de oro ó vergeles de caprichosas algas, ensueño amores ideales con sobrehumanas criaturas de ojos verdes y de coralino sonreír.

Cuando mis párpados se cierran, aún son dicha de mis oídos y recreamiento de mi alma los cánticos del marinero, misteriosos como las selvas de Bretaña; los quejidos de la arboladura, que suenan tristes como los suspiros del engaño.

Así fueron los días; así llegó el quinto de mi viaje, lleno el horizonte de obscuridades, de bravuras el mar. La centella pintó de cárdeno la altura, el viento golpeó rabioso el velamen, las encrespadas olas barrieron la cubierta, el barco saltaba entre ellas como entre las fieras el gladiador circense. Fué una hora de angustia. La marinería peleaba contra la borrasca; el capitán, firme en el timón, sonreía á la tempestad.

Breve fué la pelea. Tormenta de verano, inconsistente en sus furores. El huracán encahmó sus bravuras, las olas aquietaron su empuje, las nubes se rasgaron en anchos

jirones. Por entre aquellos jirones salían rayos de oro.

¡Tierra!, gritó una voz; y allá lejos apareció Belle-ille, la perla de Armórica, semejante á un gigantesco saurio dormido encima de las aguas.

Hacia la tierra española fueron recogándose las nubes. El sol mandó los fuegos de su lumbre á la costa francesa. No parecía sino que, negándose á iluminar la tierra donde todas las obscuridades sociales y políticas han encontrado asilo, confiaba á las nubes la triste misión de unir á tantas negruras una negrura más.

Vi al sol reflejarse en la costa francesa, en la patria de los progresos y de las libertades, en la que fué siempre avanzada del porvenir; vi á las nubes espesarse en dirección de España, y envié á mi patria un recuerdo. En él se mezclaban, como en el recuerdo del hijo, que ve á su madre envilecida, el desdén y el amor...

A bordo del *Notre Dame de la Garde*.



La perla de Armórica

¡Ah, qu'elle es belle Belle-ile!...
 Au sein de l'Atlantique,
 como un vaisseau cette ile
 de *Garveur*, oh, la perle d'Armorique
 dessus les flots...

Así cantan los naturales de Belle-ile las hermosuras de su tierra natal. Así la describen á coro las hembras bellilianas.

Amorosa, dulce es la música del cantar. El aire marino la pasea desde una punta á otra punta de la isla, como un incienso.

Perla de Armórica llaman los bretones á Belle-ile; y joya, con orientes de poesía inagotable, es la tierra cimentada en rocas de misterio, bajo las honduras oceánicas.

Navío flotante en las aguas llámala también el cantar.

¡Sí, es hermosa Belle-ile!... Viéndola á lo

lejos, aislada del mundo por el cinturón de las aguas, erizándose en rocas para defender sus encantos, pienso en ella como en un asilo de amor. Dentro de él, luego de cometer uno de esos morales crímenes á que las pasiones empujan, podrían vivir dos amantes, fuera de todos y de todo, bajo bóvedas naturales, dignas de apabellonar sus caricias, junto á abismos capaces de engullir sus remordimientos.

No me detuve en «El Palacio», en el cacho urbano y señorial de la isla, para evocar la memoria del epicúreo Fouquet, del ministro calavera y fastuoso, que enloquecía á mujeres á los cincuenta años y que fué deshecho por Colbert y desvalijado por Luis XIV. No paré tampoco en la alameda que conduce á la puerta Vauban, ni admiré la puerta, ni la muralla en que realizara Vauban prodigios de castrametación.

No eran espectáculos tales los que mi espíritu solicitaba. Apenas si me distrajo la contemplación de las bellilianas, airosas de cuerpo, negras de cabellera y ojos, pálidas de tez, en el andar gallardas, en el sonreír provocativas. Ellas guardan la raza armórica en toda su pureza, sin cruce con sajones y

galos de pelo rubio y pupila azul. Me recordaron por su tipo y por algunas prendas del traje, á las hembras de España; no á las morenas andaluzas que llevan en el cuerpo sangre de mahometanas huríes, á las morenas que nacen bajo el cielo gris de la Coruña y de El Ferrol.

Encantadoras bellilianas, más encantadoras aún con vuestras cofias blancas y vuestras pañoletas de encaje que descubren el nacimiento de la espalda, mi espíritu siente la nostalgia de las rocas sobresalientes en el mar como fantasmas negros. Por ellas os dejo. Después de todo, algunas veces, dejar por una roca á una hembra, es ir ganando en delicadezas y ternuras.

Hacia las rocas voy en un carruaje del país. Guíalo un mozo, gallego por el tipo y por el vestir maragato. Campos fértiles, bosques de espléndida vegetación, conducen á la parte salvaje de la isla.

En ella la Naturaleza se embravece: el enfurruñamiento y la hosquedad suceden, sin gradaciones previas de paisaje, á la campesina dulcedumbre. Montículos enzarzados, vericuetos ásperos, laberintos de vegetaciones hurañas, llevan á las rocas. La carne siente

los desgarrones del espino. El pie, las rudezas del sílex.

*
**

Es un anfiteatro enorme; en su recinto espumea el mar. La voz humana va de mole á mole con ecos espantables; el viento se hace trizas contra los picachos; bandadas de gaviotas blanquean el espacio azul. Aquí y allí, apoyándose en los monstruos negros, avanzan playas de menudísimas arenas.

La soledad es absoluta. Olas y sílex se aman y se odian sin testigos. Unas veces dejan las olas besos y suspiros de espuma en las quebraduras, que se abren sobre el mineral como labios ávidos de caricias. Otras, lo asaltan, lo sacuden, babeando fierezas. El sílex rasga el oleaje con sus puntas, le increpa, le desafía á gritos estruendosos, empresetados al huracán.

El anfiteatro es espléndido. Parece ruinas de una ciudad ciclópea; supervivencias de edificios cuarteados por un cataclismo inaudito; restos de una Atlántida sorbida por el Océano. Este abrió en una de las rocas un boquete rectangular de seis metros en cuadro.

A ambos lados suyos se yerguen toscas columnatas; anchos escalones de sílex suben desde las entrañas marinas. Creyéraseles fragmentos de un templo consagrado á Neptuno por una raza de titanes.

Estas ruinas templarias y las que con ellas componen el anfiteatro, son heraldos de una cavidad gigantesca, por cuya abertura el Océano se precipita.

No sé quién bautizó la cavidad con nombre ridículo.

«Gruta del boticario» llamóla alguien, que ante el espectáculo soberbio á sus ojos ofrecido por la Naturaleza, sólo reparó en una cosa, en que los nidos de gaviotas que pueblan por millares aquellos peñascos, tienen forma idéntica á los botes de porcelana que adornan las estanterías farmacéuticas.

Esta fué la nota culminante del cuadro para el excursionista. De ahí que llamase á la trágica hendedura «Gruta del boticario».

¿Quién sería el viajero?

Probablemente alguna criatura vestida de mujer; alguna de esas apreciabilísimas damas que hallan el espectáculo solitario y augusto de la Naturaleza menos entretenido que una sesión de cinematógrafo.

¡Y pensar que los hombres se pueden volver locos durante espacios de tiempo más ó menos breves por criaturas de esta especie!... ¡Vaya si la carne es estúpida!

En la gruta que aceran los reflejos del sílex, he permanecido una hora larga viendo romper el mar contra el fantástico rocaje, descifrando las canciones ásperas del viento, mirando cómo el cielo asoma por las roturas de la mole.

Tiene el sitio, dentro de su braveza, de sus lineamientos brutales, cierta espiritualidad melancólica. En ocasiones parece que los ecos suspiran, que las paredes se conmueven, que las filtraciones lloran, que las olas evocan con sus murmurares imágenes queridas... ¡Quién sabe!... Tal vez allí, sintiéndose penetrado por los idealismos del ambiente, comenzó á ser el hombre para la mujer amante y no macho; tal vez allí puso por vez primera alma en el amor.

Dentro de la gruta escribo mis cuartillas. La salobre respiración del Océano ha pasado por ellas; gotas acerbadas destilaron las filtraciones sobre su blancura. Alguna de esas gotas cayó en esta ó en aquella palabra.

La marea sube poco á poco. De aquí á me-

dia hora cubrirá el banco natural que me sirve de asiento. Miro al Océano. Allá, muy lejos, se descubre el velamen de una embarcación. La vela va achicándose lentamente; lentamente sube á mi asiento la marea.

Pienso en Gilliat, en el bretón que, sentado encima de una roca, se dejó envolver por las aguas, inmóvil, con los ojos puestos sobre el barco donde su adorada huía para siempre en los brazos de un hombre.

Sobre una roca silexiana, fué esfumando la marea el busto de Gilliat. En las aguas verdes se hundieron primero los ojos, después la frente, luego los cabellos flotantes del bretón...

Juntamente con ellos desaparecía la vela blanca en las tangencias del espacio y del mar...

Belle-Ile.





El rincón solitario

Salgo del correccional, edificio-colonia que fundó en Belle-ile, para los menores de diez y ocho años, el Estado francés.

He sentido pena comparando este correccional con los de mi España. A bien que si en ella no tenemos penitenciarías modelo para fe de erratas sociales, tenemos conventos á destajo para engordar frailes, y váyase lo uno por lo otro.

Procúrase, y hasta consíguese en este correccional, que los mozalbetes á quienes la herencia, la educación, la miseria y el abandono hicieron criminales, recobren la personalidad humana y se transformen en ciudadanos útiles.

A tal fin se les instruye, se les moraliza con el ejemplo diario y con las diarias enseñanzas. Aprenden un oficio, una profesión, los más gratos á sus aficiones, y con

el aprendizaje manual van realizando insensiblemente el aprendizaje del bien.

En la colonia agrícola hay los elementos precisos á sacar de los corrigendos labradores inteligentes. En los interiores del correccional hay talleres de carpintería, zapatería, sastrería, imprenta, tejidos, metalurgia, etc. Un bergantín, anclado en tierra firme, permite á los muchachos convertirse en ejercitados marineros. Los profesores, directores y maestros se escogen con escrúpulo. En la escuela, á más de escritura y lectura, dan lecciones de Gramática, Aritmética, Geometría, Geografía, Historia, Física y Dibujo. No hay profesor de Catecismo.

Si el corrigendo, durante su permanencia en la penitenciaría, fué accesible á la enmienda, una vez cumplido el servicio militar, queda libre. Si no, pasa á los regimientos disciplinarios africanos.

Claro que, así y todo, apenas si á un 20 por 100 llegan los beneficios de la corrección. Es labor más honda la precisa á concluir con las predisposiciones criminales de los infantes pobres. Labor consistente en que generaciones enteras se libren de la miseria, del abandono, de la injusticia, del embrute-

cimiento, para que no puedan legárselos en herencia espantosa á la generación que les siga.

No el individuo, la sociedad actual en que el individuo se moldea, es quien necesita una penitenciaría donde la justicia, la libertad, la fraternidad y el amor sean únicos maestros.

Saliendo del correccional se llega á un camino bordeado por trigales áureos, remolachas y patatas en flor. Suave es su pendiente; en las lejanías se descubren bosquecillos y florestas multicolores.

Aldeas de caserío blanco se alzan sobre el campesino tapiz. Los aldeanos vienen y van por los senderos; ellos, con el sombrerete de paja, que adornan largas y desprendidas franjas de terciopelo; ellas, con sus cofias altas y sus faldas redondas y sus delantales y mangueros azules. Monjas parecen á distancia. Al aproximarse ve uno que son mujeres. Sonríen á los hombres y les miran, no de reojo, cara á cara.

Súbito, á la conclusión de un recodo, el camino se corta. Montículos erizados de espinosos arbustos se ofrecen á la vista. A las tierras laborables suceden los pedruscos. Lá-

minas rocáceas forman desigual escalera. Por ella se asciende á los montículos. Estos se abren formando angosto callejón. Quien se aventura dentro de él, desemboca en un vallezuelo que muere junto al mar.

Valle es misterioso y sombrío; de un verde color tinta la vegetación que lo adorna. El sol entra allí de soslayo; sólo cuando va á ocultarse en el mar ilumina el rincón solitario con sus reflejos moribundos. Fuera parte del callejón que hacia el valle conduce, los montículos se desploman rectos, cortados á pico sobre él. Por los lienzos de esta muralla sube enroscándose la hiedra. Los cuervos revolotean de copa á copa, en un pinar. El aire va lento. Cuando suena hace ¡chits!

Una procesión de rocas entra en el Océano, desafiando sus embates. Cada una remeda un animal ó una criatura humana monstruosos. Dijéranse arrancadas á las aguasfuertes del capricho goyesco.

Nota dulce, única alegre del paisaje, en una playuela que las rocas no quieren aplastar. Concha es por su forma; concha de oro por el color de sus arenas; repujadas están ellas en nácares. Una pequeña embarcación

blanca reposa en las arenas de oro como una paloma dormida.

Dando frente á las rocas, y en el fondo obscuro del paisaje, hay un edificio feudal. Cuatro chatas torrecillas lo angulan; la fábrica es gris; las ventanas lucen pinturas verde plomo; junto á la vivienda brota un jardín salvaje; las flores crecen libremente entre malezas y zarzales, sin visible auxilio del hombre.

Habitada se halla la mansión señorial. Habitador melancólico ha de ser el suyo. Tal vez un desengañado de la vida fué á refugiarse allí; acaso un amante que hizo el rincón solitario sepultura de un muerto que todavía vive. ¿Quién sabe si es un luchador, un combatiente que, cubierto de heridas, desangrado, rendido por el diario choque, busca en aquellas soledades asilo para fortalecerse y seguir peleando.

Desengañado ó combatiente ó amador, escogió bien el sitio. Nadie irá á interrumpirle; nadie manchará con diálogos imbéciles el recogimiento de su alma.

El sol muere entre nubes. Las nubes dibujan en el espacio fantásticos perfiles, vagas é ilusorias imágenes.

Sigo las oscilaciones, las metamorfosis de esas imágenes, buscando en ellas seres vivos que están lejos de mí; pidiendo al sol que dibuje sobre el lienzo infinito lo que mis ojos ver desean.

A veces es complaciente el sol. Creo ver rostros conocidos, labios que me sonríen, ojos que me contemplan dulces, brazos que hacia mí se dirigen... A veces el sol es cruel: los fantasmas, hechos con jirones de nube, parecen burlarse de mí con muecas despectivas; algunos se contraen como si sintieran el espasmo precursor de la muerte. Otros me fingen escenas dolorosas, grupos malditos contra los cuales se enderezan mis puños... Todos cambian rápidos; rápidos se transforman y se desdibujan, y todos van ahogándose poco á poco en la espuma de sangre con que escupe el astro su agonía...

En las rocas próximas á la playa, que tiene arenas de oro, aparece una silueta de mujer. Es alta, delgada, de judío perfil, de cabellos rubios, despeinados sobre los hombros. Viste ropaje blanco; sus brazos caen al largo del cuerpo, sus labios sonríen al crepúsculo. Ella también persigue el dibujo espectral de las nubes.

—Es Sarah Bernhardt—dice mi acompañante—. El rincón solitario, la casa medioeval son suyos. Aquí pasa largas temporadas.

¡Sarah Bernhardt!... Lugar es este digno de ella, de esa gran maestra de la escena, de esa gran sacerdotisa del amor. ¡Lugar á propósito es este rincón solitario para que Sarah pase en él revista á cada una de las verdes hojas de su laurel artístico; á cada una de las hojas secas y marchitas en su corona de mujer y de amante!...

—¿Quiere usted que vayamos donde ella está?—dice mi compañero—. La conozco; los presentaré á ustedes.

—No, amigo mío; no. Deje usted á la gran trágica, á la gran amadora, aislada, abstraída en su retiro. No cometamos la imbecilidad de una presentación.

Belle-Ile.

